

XII

Ladrones y corsarios.—Alhama.—Málaga.—Estudiantes de tuna.—Una corrida de toros.—Montes.—El teatro.

Anunciábase la inauguración de la plaza de Toros de Málaga, é iba á torear tres días seguidos Montes, el brillante sucesor de Romero y Pepe Hillo. Aunque nuestro itinerario nos obligaba á ir de Granada á Córdoba, no pudimos resistir á la tentación y nos decidimos á ir á Málaga, á pesar de las dificultades del viaje y del poco tiempo disponible.

De Granada á Málaga no hay diligencia; necesario era elegir entre galera ó mulas, y escogimos lo último como más seguro y más rápido, porque atravesando la Alpujarra llegaríamos el mismo día de la corrida.

Nos aconsejaron que fuéramos con Lanza, hombre muy honrado y de gran intimidad con los bandoleros. Mala recomendación habría sido esa en Francia, pero en España es otra cosa. Los arrieros y conductores de las galeras conocen á los salteadores y hacen contratos con ellos, mediante los cuales, por un tanto por cabeza de viajero, se los deja pasar libremente.

Una noche, entre Alhama y Vélez, iba dormido el corsario, cuando le despertaron agudos chillidos,

y vió brillar unos trabucos en la carretera. Echó pie á tierra sorprendidísimo y dió su nombre. Entonces los bandidos le pidieron mil perdones por no haberle conocido.

En Andalucía, cuando se viaja á caballo para ir á los toros, pónense el traje nacional. Así es que nuestra caravana era muy pintoresca. Yo me habia apresurado á ponerme mi traje de majo con chaqueta bordada, chaleco de terciopelo, faja colorada, calzón y polainas abiertas.

La silla de mi mula se componía de dos mantas de colorines, y á cada lado colgaba enorme estribo de madera.

Un viaje por España es aún empresa arriesgada y romántica: hay que tener valor, paciencia y fuerza; á cada paso se expone el pellejo; las privaciones de todas clases, la falta de las cosas más indispensables, lo peligroso de los caminos, intrasitables para quien no sea arriero andaluz, un calor infernal, un sol que parte la cabeza, son los inconvenientes más chicos; hay que contar además con los facciosos, los ladrones y los venteros, cuya probidad depende del número de carabinas que los viajeros lleven. El peligro le rodea á uno, le sigue y le precede, y no se oye más que el relato de historias terribles y misteriosas: «Ayer cenaron los ladrones en tal posada.» «Hoy han secuestrado á una caravana.» «Palillos está emboscado en tal parte.» Algo de exageración hay en todo ello, pero por muy grande que sea la incredulidad, hay que dar cierto crédito á los dichos, cuando se ven en muchos recodos del camino cruces de madera con sus inscripciones que dicen: *Aquí mataron á un hombre... Aquí murió á mano airada...*

Era de noche; las sombras de los peñascos se recortaban y alargaban caprichosamente, produ-

ciendo curiosos efectos de óptica. Sonaban á lo lejos los cascabeles de los borricos que iban delante con los equipajes y las coplas que con voz gutural cantaban los mozos de mulas. Algunas de esas coplas son encantadoras, y quedóseme en la memoria la siguiente:

Átame con un cabello
á los bancos de tu cama,
que aunque el cabello se rompa
segura estás que me vaya.

En un recodo del camino nos llevamos un buen susto, viendo á la claridad de la luna siete mocetones embozados en las capas, inmóviles en mitad del paso, con el trabuco al hombro. Ya pareció la aventura esperada. Desgraciadamente, aquellos hombres nos saludaron cortésmente y resultó que eran lo contrario de ladrones, es decir, guardias. ¡Amarga decepción para dos viajeros jóvenes y entusiastas, que muy á gusto hubieran dado por una aventura sus equipajes!

Descansamos en Alhama, población encaramada como un nido de águilas en la cumbre de un peñasco, á la cual llegábamos á las dos de la mañana, hambrientos, rendidos y muertos de sed; varias jarras de agua y una tortilla con tomate constituyeron la cena. La cama consistía en un colchón pedregoso, parecido á un saco de nueces, á pesar de lo cual mi compañero y yo, á los dos minutos, dormíamos con el sueño del justo. Al amanecer bajé á la cocina pidiendo provisiones, y merced á mi elocuencia me dieron chuletas, un pollo asado, media sandía y unos cuantos higos chumbos, cuya espinosa envoltura quitaba la ventera con gran destreza.

A pesar de la tórrida temperatura, me eché la

chaqueta al hombro y salí á dar una vuelta por las calles. El cielo estaba blanco como metal en fusión; relucían los adoquines como si estuvieran encendidos; las paredes encaladas despedían destellos de mica; una luz deslumbradora, implacable, penetraba por todas partes. Para colmo de tortura, mis botas tenían una suela tan delgada, que el suelo me quemaba los pies.

Andando al acaso y sin topar con nadie por las calles, llegué á la plaza, que me pareció muy pintoresca. Pasa por encima de ella un acueducto, y una meseta de la montaña forma el pavimento. Un lado está cortado á cantil y en el fondo del abismo se ven molinos, movidos por un torrente, cuyas aguas parecen de jabón á fuerza de espumas.

Volví á la posada para reanudar la marcha, empapado en sudor, pero muy satisfecho por haber cumplido con mis deberes de viajero, á pesar de una temperatura capaz de cocer huevos.

Recorrimos caminos execrables, pero en extremo pintorescos, por donde sólo las mulas son capaces de andar. Yo le había soltado á la mía la rienda, muy convencido de que lo mejor era fiarse de ella, y como había sostenido con ella varias discusiones inútiles para que fuera al lado de las de mis compañeros, me persuadí de que todos mis esfuerzos eran infructuosos y de que es muy acertado el dicho de «Terco como una mula»; si se la espolea, se para; si se le da con el látigo, se echa; si se le tira de la rienda, sale á galope, y como conoce su valer en la montaña, abusa de él.

El tiempo era pesado y tormentoso; enormes gotas (las únicas que en cuatro meses habían caído de aquel cielo implacable) mojaban la sedienta arena y la hacían parecerse á la piel de una pan-

tera, pero la tempestad no descargó y la bóveda celeste recobró la serenidad.

La noche cayó encima repentinamente, y ya nos acercábamos á Vélez Málaga, donde habíamos de dormir; las montañas suavizaban sus pendientes y acababan en llanuras pedregosas, atravesadas por arroyos de quince á veinte pasos de ancho y de un pie de profundidad, sombreados por gigantes cañaverales.

A las once entramos en Vélez Málaga, cuyas ventanas brillaban alegremente entre rumor de canciones y guitarras. Sentadas las muchachas en los balcones, cantaban coplas, que los novios acompañaban desde la calle, y á cada copla estallaban risas, aplausos y gritos inacabables. Otros grupos bailaban en las esquinas la cachucha, el fandango y el jaleo. Zumbaban las guitarras como abejas, crujían las castañuelas y todo era música y alegría. Parece que el único negocio serio para los españoles es la diversión, y ningún pueblo tiene aspecto más feliz. Cuesta trabajo creer que sea éste un país asolado por la guerra civil. Casi toda la gente del pueblo en España sabe leer, monta muy bien á caballo y maneja diestramente la navaja y la escopeta. Verdad es que la admirable fertilidad de la tierra y la hermosura del clima los dispensan del trabajo embrutecedor que en comarcas menos favorecidas convierte al hombre en bestia de carga ó en máquina, arrebatándole esos dones de Dios que se llaman belleza y fuerza.

La cena fué muy sencilla (porque todos los mozos y criadas del mesón se habían ido á bailar) y se compuso exclusivamente de gazpacho, plato que merece especial descripción: se echa agua en una sopera y se le añade vinagre, cabezas de ajo, cebollas cortadas, pepinos, pimientos y un poco de sal;

después se cortan rebanadas de pan, que se empanan en tan agradable mezcla, y se sirve frío. En Francia los perros algo mimados se negarían á meter el hocico en semejante mixtura, pero es el manjar favorito de los andaluces, y las mujeres más preciosas no temen tragarse por la noche platos colmados de tan endiablado condumio. El caso es que acaba uno por acostumbrarse al gazpacho y hasta por tomarle afición. Por providencial compensación nos dieron, para rociar tan ligera comida, una botella de vino blanco de Málaga, seco, que vaciamos hasta la última gota.

A las tres emprendimos nuevamente el viaje; estaba nublado y la humedad del aire indicaba la proximidad del mar, que no tardó en dibujar en el horizonte una línea azul. Al salir el sol y disipar los leves vapores que cubrían el cielo, luchaban el azul de éste y el del mar, sin que venciera ninguno.

De cuando en cuando veíanse en las pendientes menos rápidas casitas blancas como el azúcar, con techos planos y unos emparrados. Carros tirados por bueyes y reatas de borricos pasaban á cada momento; notábase ya el movimiento propio de las cercanías de una ciudad. Por todas partes aparecían filas de mulas montadas por los que iban á ver la corrida, y ya habíamos encontrado bastantes en la montaña, venidos de treinta á cuarenta leguas á la redonda. Nada detiene á los taurófilos: ni el calor, ni las dificultades, ni los peligros del camino. Con tal de llegar y alcanzar sitio entre barreras, se consideran bastante recompensados de sus fatigas.

Nada puede imaginarse más raro y pintoresco que los alrededores de Málaga: la deslumbradora blancura de las casas, el color de añil del mar, la intensidad deslumbradora de la luz, todo hace

creer al viajero que lo han transportado á Africa. Elegante torre blanca se dibujaba en el cielo azul; era el faro de Málaga; habíamos llegado y serían las ocho de la mañana. La ciudad estaba llena de actividad; iban y venían los marineros, cargando y descargando los barcos anclados en el puerto, con animación rara en una ciudad española. Las mujeres, con grandes mantones colorados, que servían de maravilloso marco á sus semblantes moriscos, andaban rápidamente, llevando en pos de sí algún chiquillo en cueros ó en camisa. Los hombres, con la chaqueta al hombro, apresuraban el paso y toda la muchedumbre llevaba el mismo camino, es decir, el de la plaza de Toros. Lo que más me llamó la atención fueron tres presidiarios negros que tiraban de un carretón. Eran de gigantesca estatura, y tenían rostros monstruosos y duros, tan poco humanos, con tal expresión de bestialidad feroz, que retrocedí sobrecogido de espanto como si viera tigres. La especie de blusa que les servía de vestido acrecentaba aún su diabólica catadura. No sé por qué estarían en presidio, pero á mí me habría bastado verles la facha para encarcelarlos.

Paramos en la posada de los Tres Reyes, casa relativamente cómoda, sombreada por hermosa parral, cuyos pámpanos se enredaban en los hierros de los balcones; una criada muy bonita, preciosa muestra de la hermosura malagueña, célebre en toda España, nos acompañó á nuestras habitaciones y nos dió un disgusto al asegurarnos que no había billetes para la corrida. Afortunadamente, el corsario Lanza nos proporcionó dos asientos de sol; pero como ya habíamos hecho el sacrificio de la frescura de nuestro cutis, nada nos importaba atezarlo más. Los billetes para la primera corrida

eran colorados, los de la segunda verdes y los de la tercera azules, para evitar confusiones é impedir que un billete sirviera más de una vez.

Durante el almuerzo llegaron cuatro estudiantes que iban de tuna, y más parecían modelos de Ribera ó de Murillo que aprendices de teólogo, por lo desaseados, descalzos y haraposos. Cantaban coplas festivas y tocaban panderetas y castañuelas. El panderetólogo era un artista que hacía sonar el parche con rodillas, codos y pies, y cuando no le bastaban aquellos medios de percusión, daba con la pandereta en la cabeza de algún chiquillo ó de alguna vieja.

La corrida estaba anunciada para las cinco, pero nos aconsejaron que fuéramos á la plaza á la una, porque los pasillos se llenaban de gente y no podríamos llegar á ocupar nuestros asientos á pesar de estar numerados. Así es que comimos á escape y nos fuimos á la plaza, precedidos de nuestro guía Antonio, muchacho flaquisimo y apretado hasta más no poder con una ancha faja colorada, la cual hacía resaltar más su delgadez, que atribuía el mozaibete chanceramente á contrariedades amorosas.

Rebosaba en las calles la multitud, que se amontonaba cerca de la plaza: los aguadores, los vendedores de agua de cebada y de abanicos y los caleseros armaban espantoso alboroto.

Por fin llegamos á la plaza; aunque no pasaba de la una, estaban las gradas de bote en bote, y á fuerza de voces y de codazos logramos alcanzar nuestras localidades.

No puede imaginarse espectáculo más extraño y espléndido que el de aquellas inmensas gradas cubiertas de impaciente muchedumbre. Los trajes modernos eran pocos, y los que los llevaban eran

recibidos con silbidos y carcajadas. Los vivos colores de chaquetas y fajas, los mantones rojos de las mujeres, los abanicos vistosos quitaban al gentío el aspecto lúgubre y negro que suele ofrecer en nuestro país, donde dominan los tonos oscuros. A las dos inundaba el sol con un diluvio de fuego toda la parte de gradas en que estábamos. ¡Qué envidia teníamos á los privilegiados que estaban á la sombra! Después de haber recorrido á caballo treinta leguas de montaña, permanecer un día entero bajo un sol africano, con una temperatura de 38°, es una verdadera heroicidad.

Los que estaban á la sombra nos dirigían infinidad de pullas: nos enviaban á los aguadores para que no ardiéramos; nos suplicaban que les encendiésemos los cigarros con el fuego de nuestras narices, y nos preguntaban si queríamos aceite para acabarnos de freir.

Gracias á muchos tragos de agua, á varias docenas de naranjas y al incesante movimiento de los abanicos, nos preservamos del incendio, y aun no estábamos completamente asados cuando llegó la música y el piquete de caballería despejó el redondel, lleno de mozos y muchachos que no puedo comprender cómo se fundieron en la masa general, cuando no había en ésta posibilidad matemática de que cupiera una persona más, pero la multitud, en ciertas circunstancias, posee maravillosa elasticidad.

No voy á contar ahora con todos sus pormenores la corrida: ya hice de ella relación concienzuda al hablar de Madrid. No hablaré más que de los hechos principales de aquellas corridas en que trabajaron los toreros tres días seguidos y fueron estoqueados veinticuatro toros y perecieron noventa y seis caballos.

Dieron vuelta al redondel las cuadrillas á las cinco en punto. Iban al frente los tres picadores, Antonio Sánchez y José Trigo, de Sevilla, y Francisco Briones, de Puerto Real. Detrás iban los chulos, con sombrero de medio queso, los banderilleros, y finalmente los dos matadores: Montes, de Chiclana, y José Parra, de Madrid.

El alguacil empezó por perder el sombrero y los estribos; el pantalón se le subía á las rodillas grotescamente, y como abrieron el chiquero al toro antes de que el alguacil dejara el redondel, le hizo parecer más ridículo el miedo, que le obligaba á hacer contorsiones encima de su cabalgadura. El toro, deslumbrado por la claridad, no le vió y le dejó escapar sin atacarle.

No mirábamos más que á Montes, natural de Chiclana, hombre de cuarenta y tantos años, de buena estatura, andar mesurado, tez aceitunada y ojos movedizos, única cosa que parece viva en el impassible semblante. Es más flexible que robusto, y debe sus triunfos más á la serenidad, buena vista y conocimiento del arte que al vigor muscular. En cuanto sale un toro á la plaza, sabe Montes si es claro ú obscuro, si es de pies ó aplomado, si cierra ó abre los ojos al embestir, y gracias á esas observaciones, hechas con la rapidez del pensamiento, siempre está apercibido á la defensa. Sin embargo, como lleva al extremo una temeridad fría, ha recibido no pocas cornadas.

Montes no se contenta con matar al toro cuando suena el clarín. Vigila la plaza, dirige el combate, auxilia á los toreros que se ven en peligro. Un toro que no se dejaba distraer por las capas que le ponían delante, corneaba á un caballo que había derribado, y procuraba hacer lo mismo con el picador, resguardado con el cadáver de la cabalga-

dura. Montes coleó á la fiera y le hizo dar dos ó tres vueltas, con gran desagrado de la res y entre aplausos frenéticos del público, lo cual dió tiempo al picador para levantarse. Algunas veces se planta frente al toro, cruzados los brazos, fija la vista, y el bicho se para como subyugado por la mirada clara, fría y aguda como la hoja de una espada.

Entonces el público grita, aulla, vocifera, pateaa y aplaude; el delirio se apodera de las cabezas, un vértigo general agita á los quince mil espectadores, ebrios de aguardiente, sol y sangre; ondean los pañuelos, vuelan los sombreros. Montes es el único que está tranquilo, saborea en silencio el júbilo profundo y reprimido y saluda ligeramente, como hombre capaz de mayores proezas. Cantantes de garganta de oro, bailarinas de pies de hada, comediantes de todas clases, emperadores y poetas que creéis haber despertado entusiasmos: no habéis oído aplaudir á Montes.

A veces los espectadores le piden que haga alguna de las habilidades que siempre le salen bien. Una muchacha guapa le dice, echándole un beso: «Vamos, señor Paquiro, usted que es tan amable, haga alguna cosita por una señora.» Y Montes salta por encima del toro, poniéndole el pie en la cabeza, ó le agita la capa delante del hocico, se envuelve en ella con movimiento brusco, y dando un salto de lado, burla al toro, que lleva demasiado impulso para detenerse.

Notable es la manera de matar de Montes por la precisión, facilidad y seguridad de sus estocadas: tiene tanta serenidad, tal dominio de sí mismo, tal certidumbre de su victoria, que la lidia no parece más que un juego, y no conmueve tanto. Imposible es temer por su vida; herirá al toro cuando quiera, donde quiera y como quiera. Una

cosa que ocurrió durante la última corrida demuestra hasta qué extremo lleva el público español su imparcialidad en punto á toros y toreros.

La manera brusca con que salió del chiquero un magnífico toro negro, hizo que los aficionados le consideraran una gran cosa. Reunía todas las condiciones de un toro de lidia: tenía las astas largas y agudas, las patas delgadas, nerviosas y ligeras; el cuerpo indicaba fuerza inmensa. Por eso le habían puesto en la dehesa el nombre de *Napoleón*, distintivo de su incontestable superioridad. Lanzóse sin vacilar contra el picador colocado junto á las tablas, lo derribó con el caballo (que quedó muerto), y en seguida se arrojó sobre otro, al cual apenas hubo tiempo de pasar por encima de la barrera, molido del golpazo. En menos de un cuarto de hora quedaban siete caballos despanzurrados en el suelo: los peones no le acercaban mucho las vistosas capas, prontos siempre á saltar la barrera, y el mismo Montes estaba intranquilo. El júbilo de los espectadores estallaba en ruidosas aclamaciones y todos los labios dirigían elogios á la res.

Un picador de reserva (porque los de tanda se hallaban fuera de combate) esperaba el ataque del terrible *Napoleón*, que á la primera embestida levantó el caballo, y le hizo echar las patas delanteras encima de las tablas, y con la segunda lo hizo rodar con el jinete al otro lado de la barrera.

Estruendosos aplausos recompensaron la hazaña. El toro vencedor daba vueltas por la plaza, libre de adversarios, divirtiéndose en mover y levantar los cadáveres de las cabalgaduras. Al fin y al cabo se le acercó un banderillero, clavó un par y salió á escape, no sin que el asta le rozase el brazo y le desgarrara la manga. Entonces, á pesar

de las vociferaciones y de los silbidos del público, el presidente dió orden de matar contra todas las reglas tauromáquicas, las cuales disponen que á un toro se le pongan lo menos cuatro pares de banderillas antes de ser estoqueado.

Montes, en vez de irse como de costumbre á los medios, se colocó á veinte pasos de la barrera, y sin hacer ninguna de las monadas y habilidades que admira toda España, desplegó la muleta, llamó al toro, le dió tres ó cuatro pases y le soltó la estocada, de la cual cayó el toro como herido del rayo. Montes le había clavado la espada en la frente, estocada prohibida por la tauromaquia, porque el matador tiene que pasar el brazo por entre los cuernos del animal y herirle entre la nuca y los hombros, lo cual aumenta el riesgo del hombre y da alguna ventaja á la fiera.

En cuanto el público se enteró de lo ocurrido, brotaron de la plaza chillidos de indignación y estalló con tumulto y estrépito inauditos una tempestad de silbidos y de insultos. Jamás vi semejante furor, y me sonrojo al confesar que participé de él. No se desahogaba bastante el gentío con los gritos, y pronto empezaron á llover sobre el matador abanicos, sombreros, palos, jarros de agua y pedazos de banqueta. La muerte del último toro pasó inadvertida, y José Parra lo despachó de dos buenas estocadas.

Aturdidos, ebrios, saturados de emociones violentas, volvimos al mesón, sin oír por las calles más que imprecaciones contra Montes y alabanzas para la fiera.

La misma noche, á pesar del cansancio, fui al teatro, porque quería pasar sin transición de las sangrientas realidades de la plaza á las emociones intelectuales de la escena. El teatro estaba casi

vacio, aunque se representaba *Los amantes de Teruel*, drama de Hartzenbusch, una de las producciones más notables de la moderna escuela española, conmovedora y poética historia de enamorados que conservan invencible fidelidad á pesar de mil seducciones y mil obstáculos. El asunto, no obstante los esfuerzos afortunados del autor para variar una situación siempre igual, interesaría poco á espectadores franceses. Las escenas apasionadas están hechas con mucho calor, pero á veces con cierta exageración melodramática. El amor de la sultana de Valencia por el amante de Isabel, Diego de Marsilla, al cual hace llevar narcotizado al harén, la venganza de la propia sultana al verse menospreciada, las cartas culpables de la madre de Isabel encontradas por Rodrigo de Azagra, de las cuales se sirve éste para obligar á la hija al casamiento, son resortes algo forzados, pero originan escenas conmovedoras y dramáticas. La obra está escrita en prosa y verso, y guiándose por el juicio que puede formar un extranjero del estilo de un lenguaje que no conoce á fondo, mejores son los versos de Hartzenbusch que su prosa. El drama, con sus defectos, muy superior á las traducciones, arreglos ó desarreglos de nuestras obras francesas, que inundan hoy los teatros todos de la Península.

Después de un sainete terminó la función con un baile nacional, bastante bien ejecutado por dos parejas. Las bailarinas españolas aventajan á las francesas en gracia; como trabajan poco y no se sujetan á terribles ejercicios de flexibilidad que hacen asemejarse una academia de baile á una sala de tormento, se libran de la delgadez que convierde nuestros bailes en algo fúnebre y anatómico, conservan los contornos y redondeces de su sexo,

parecen mujeres que bailan, y no bailarinas, porque no es lo mismo una cosa que otra.

La *malagueña*, baile local de Málaga, es poética y encantadora. Aparece primero el bailarín, envuelto en su capa roja, con el sombrero encima de los ojos á modo de caballero que se pasea en busca de aventuras. Entra luego la bailarina con su mantilla y el abanico en la mano. El procura ver el rostro de la misteriosa sirena, pero ésta maneja tan diestramente el abanico, lo abre, lo cierra, lo sube y lo baja tan bien para taparse la cara, que el galán retrocede y recurre á otro sistema, haciendo sonar las castañuelas debajo de la capa. Atiende ella al ruido, sonríe, le palpita el seno y lleva sin querer el compás con la punta del pie, hasta que tira mantilla y abanico y se presenta en traje de bailarina, llena de oropel y lentejuelas, con rosas y enorme peineta en la cabeza. Suelta el galán la capa y ambos ejecutan un paso de originalidad deliciosa.

No va tampoco mucha gente á los demás teatros de España, ni aun al del Príncipe de Madrid, donde trabajan Julián Romea y Matilde Diez. Parece agotada para siempre la antigua vena dramática española, y eso que nunca corrió más caudaloso río por cauce más vasto; nunca hubo más prodigiosa é inagotable fecundidad. Nuestros autores franceses más pródigos están muy lejos de igualar á Lope de Vega, de cuyas obras aun no se sabe el número exacto. Calderón, además de sus comedias, hizo muchísimos autos sacramentales, especie de *misterios* católicos, en que la profundidad del pensamiento y lo singular del concepto se juntan en una poesía encantadora, de floridísima elegancia. Se necesitarían enormes catálogos para enumerar los títulos de las obras de Lope de Rueda,

Montalbán, Guevara, Tirso, Rojas, Moreto, Guillem de Castro, Diamante y otros muchos. Tan fácil sería contar las hojas de los bosques y las arenas del mar como las obras teatrales escritas en España en los siglos XVI y XVII, casi todas en romance octosilabo. Los españoles inventaron el drama mucho antes que Shakespeare, y su teatro es romántico en toda la extensión de la palabra.

Los autores dramáticos españoles no se cuidaban mucho de la pintura de caracteres, aunque en cada escena hay delicados rasgos de observación; no se estudia filosóficamente y no suelen encontrarse en sus dramas aquellas figuras episódicas tan frecuentes en los del gran trágico inglés, arrancadas á la vida, que no influyen directamente en la acción y cuyo único fin es representar una faceta del alma humana ó una individualidad original. La personalidad del autor no asoma en esas obras como no sea al final, cuando solicita perdón para sus yerros.

El móvil principal de los dramas españoles es el honor, que representa lo que la fatalidad en las tragedias griegas. El honor, especie de religión caballerescas, con su jurisprudencia, sus refinamientos y sus sutilezas, es muy superior á la fatalidad antigua, cuyos golpes ciegos caen al acaso sobre culpables é inocentes. Indigna á veces al leer á aquellos trágicos la situación del protagonista, tan criminal si obra como si no obra, y el honor castellano es siempre completamente lógico: no es otra cosa que la exageración de todas las virtudes humanas llevadas al extremo. En los más terribles furoros, en las más atroces venganzas, el héroe conserva actitud noble y solemne. Siempre desenvaina la tizona en nombre de la lealtad, de la fe conyugal, del respeto á los antepasados, de la

integridad de sus blasones, y á menudo contra los seres más queridos, á los cuales inmola por necesidad imperiosa. En la mayor parte de las obras del antiguo teatro español, brota el interés de la lucha entre el honor y la pasión, interés profundo, simpático, sentido con igual viveza por el espectador, que en la misma situación no habría obrado de tal modo.

Pero no por eso hay que imaginar que las antiguas obras españolas fueron exclusivamente sublimes. Lo grotesco, elemento indispensable del arte en la Edad Media, aparece bajo la forma del gracioso, que hace junto al héroe el papel de aquellos enanos deformes con jubón de colorines y que juegan con enormes lebreles acerca de reyes y príncipes en cuadros viejos.

Ahora suelen representarse en España traducciones de obras francesas: en Jaén *El campanero de San Pablo*; en Cádiz *El pilluelo de París*. Y sin embargo, además de Martínez de la Rosa y de Gil y Zárate, que pertenecen á época no muy reciente, cuenta España con muchos jóvenes de talento y esperanzas. Hartzenbusch, Castro y Orozco, Zorrilla, Bretón de los Herreros, el duque de Rivas, Larra, que se suicidó por amor, Espronceda, que ha muerto también, son (de los dos últimos hay que decir eran) literatos de gran mérito y poetas ingeniosos.

XIII

Écija.—Córdoba.—El arcángel Rafael.—La Mezquita

Nos faltaba conocer la galera de cuatro ruedas. Uno de estos vehículos salía justamente para Córdoba, y en él nos metimos, en compañía de una familia española. La tal galera es un carromato bajo, cuya parte inferior es una red de esparto en que se amontonan baúles y paquetes. Encima se echan dos ó tres colchones, ó mejor dicho, dos sacos de lienzo que llevan dentro unos cuantos copos de lana mal cardada, sobre los cuales se tienden transversalmente los viajeros. Todo lo cubre una lona tendida en aros.

La familia que iba con nosotros era la de un ingeniero que hablaba bien el francés, y la acompañaba un tiazó de pésima catadura, salteador que fué en la cuadrilla de José María y á la sazón vigilante de minas. El tal individuo seguía la galera á caballo, con el puñal en el cinto y la carabina en el arzón de la silla. El ingeniero lo estimaba mucho y encomiaba su probidad, sin que le inspirara ningún recelo el anterior oficio; verdad es que hablando de José María me dijo varias veces que era honrado á carta cabal.

El atajo que seguíamos subía y bajaba por un terreno lleno de colinas y surcado por estrechas cañadas (cuyo fondo ocupaban lechos de torrentes